

Roy Jacobsen

LOS INVISIBLES

Traducido del noruego por
Cristina Gómez-Baggethun

Título original: *De Usynlige*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Cappelen Damm AS

© de la traducción: Cristina Gómez-Baggethun, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-XXXX

Depósito legal: M. XXXXX-2017

Printed in Spain

Un día de julio sin viento, el humo sube en vertical hacia el cielo. Dos remeros traen al reverendo Johannes Malmberget, y el pescador y labriego Hans Barrøy, legítimo propietario de la isla y cabeza de su única familia, ha salido a recibirlo. Lo espera en la rampa del embarcadero que construyeron sus ancestros con piedras de la playa; observa la barca, las fornidas espaldas de los remeros y, detrás de sus gorras negras, la cara sonriente y recién afeitada del reverendo. Cuando están lo bastante cerca, les grita:

—Vaya, llega gente fina.

El reverendo se levanta y recorre con la mirada la costa y los prados que ascienden hacia las casas rodeadas de una piña de árboles, escucha los graznidos de las gaviotas y los cuac-cuac de los gaviones que suenan como vulgares gansos sobre las rocas, y ve a los charranes y a los zancudos deambular bajo el sol de justicia, escarbando en la arena blanca como la nieve de las playas.

Pero cuando consigue salir de la *færing* y da unos pasos vacilantes por el rompeolas, descubre algo que nunca ha visto: su propio pueblo bajo las montañas de Hovedøya, la isla mayor, tal como se ve desde Barrøy, con su Factoría y sus casetas, sus granjas, sus bosques y su flota.

—Por Dios, qué pequeño es, apenas se ven las casas.

—Pues yo sí que las veo —responde Hans Barrøy.

—Tendrás mejor vista que yo —dice el reverendo con la mirada clavada en el pueblo en el que ejerce desde hace treinta años, pero que nunca había visto desde un ángulo tan descabellado.

—Es que es la primera vez que el reverendo viene por aquí.

—Bueno, a remo son más de dos horas.

—Tendrá usted vela, ¿no? —pregunta Hans Barrøy.

—Hoy el mar está como un espejo —replica el reverendo, todavía con la vista tornada hacia la casa, porque lo cierto es que le tiene pánico al mar y aún se nota alterado y tembloroso tras haber escapado con vida de la apacible travesía.

Los remeros han sacado las pipas y se han sentado de espaldas a fumar. Por fin el reverendo puede estrechar la mano de Hans Barrøy, al tiempo que se fija en el resto de la familia, que se acerca desde las casas: Martin, el viejo padre de Hans que enviudó hace diez años; Barbro, la hermana soltera de Hans, que es mucho más joven que él, y Maria, la mujer que gobierna la isla, que trae de la mano a la pequeña Ingrid, de tres años. El reverendo comprueba con satisfacción que todos se han puesto la ropa de los domingos; seguramente avistaron su barca cuando rodeó el islote de Oterholmen, que ahora no es más que un sombrero negro en el mar en dirección al norte.

Va al encuentro del pequeño grupo, que se ha quedado parado; todos mantienen la mirada clavada en la hierba y les estrecha la mano uno por uno, sin que a ninguno se le ocurra levantar la vista, ni siquiera al viejo Martin, que incluso se ha quitado el gorro rojo. En último lugar coge la mano de la pequeña Ingrid y se fija en que está blanca y limpia; ni siquiera ve suciedad bajo las uñas, que tampoco están mordisqueadas, sino cortadas, y se queda mirando los pequeños hoyuelos por donde con el tiempo asomarán los nudillos. El reverendo re-

tiene un ratito el pequeño milagro blanco y piensa que no tardará en convertirse en la mano de una esforzada trabajadora, en una mano nervuda, castigada y del color de la tierra, en una mano de hombre, como les ocurre antes o después a todas las manos de por aquí.

—Hola, pequeña. ¿Crees en Dios? —le pregunta.

Ingrid no contesta.

—Supongo que sí —dice Maria, que es la primera en mirar de frente al invitado.

Pero, en ese momento, el reverendo vuelve a hacer el mismo descubrimiento de hace un instante y pasa agitado por delante de la caseta del embarcadero, que parece un peldaño en el paisaje, y sube a un alto donde las vistas son aún mejores.

—Caramba, ya veo también mi casa.

Hans Barrøy lo adelanta y dice:

—Desde aquí se ve la iglesia.

El reverendo se apresura a seguirlo y se queda admirando la iglesia encalada que ha surgido como un pálido sello bajo las montañas en las que los últimos neveros parecen los dientes de una boca podrida.

Cuando se encaminan hacia las casas, empiezan a hablar de bautizos, de pesca y de plumón, y el reverendo está emocionado con la isla Barrøy, que desde su casa se ve como una piedra negra en el horizonte pero que, hay que reconocerlo, por Dios, ha resultado ser un vergel, como probablemente lo son tantas otras islas de por aquí, en las que solo vive una familia o dos: Stangholmen, Sveinsøya, Lutvær, Skarven, Måsvær, Havstein... En cada una de ellas, un puñado de personas que cultivan una fina capa de tierra, pescan en las profundidades del mar y paren niños que, al crecer, cultivan la misma tierra y pescan en las mismas profundidades; esta no es una costa árida y yerma, sino un collar de oro y perlas, como

acostumbra a subrayar el reverendo en sus sermones más inspirados. La cuestión es por qué no vendrá más a menudo por aquí.

Y la respuesta es el mar.

El reverendo es un bicho de tierra y el año ofrece pocos días como este; de hecho, lleva todo el verano esperando su ocasión. Pero aquí, a los pies de la rampa del pajar, mirando su eterna parroquia, en la que Dios ha mantenido el bastión desde la Edad Media, le pilla tan desprevenido el hecho de que, hasta ahora, no tuviese ni idea del aspecto que presenta su pueblo que casi le resulta irritante; es como si durante todos estos años hubiera tenido un velo ante los ojos, o hubiera sido víctima de un engaño, no solo respecto del tamaño de su parroquia, sino también, probablemente, respecto de la envergadura de su labor espiritual, que quizá resulte no ser mayor de lo que está viendo.

Por suerte, la idea es más inquietante que amenazadora, una metafísica procedente del mar donde todas las distancias engañan, y está a punto de descarrilar de nuevo cuando ve llegar a la familia: al viejo ya con el gorro puesto, a la majestuosa Maria siguiéndole los talones y, por último, a la robusta Barbro, a quien el reverendo, por motivos diversos y algo confusos, en su momento no logró confirmar. Los callados hijos de Dios en un islote del mar que, salta a la vista, es una piedra preciosa.

Empiezan a charlar sobre el inminente bautizo de Ingrid, la niña de melena castaña como la brea, ojos resplandecientes y pies que no calzan zapatos hasta mediados de octubre. ¿De dónde habrá sacado esa mirada tan despojada de la embotada estupidez de la pobreza?

El reverendo toma aire y, algo eufórico, menciona que le gustaría mucho oír a Barbro cantar en el bautizo, recuerda que tenía muy buena voz...

Pero entonces un pudor se extiende por la familia.

Hans Barrøy se lleva al reverendo a un lado y le explica que Barbro sin duda tiene buena voz, pero que no se sabe los salmos, que solo emite los sonidos que le parece que encajan y que, aunque por lo general le sale bien, esa fue también la razón por la que en su día no se confirmó, además de alguna otra, como el reverendo seguramente recordará.

Johannes Malmberget deja estar el asunto, pero aún hay otro tema que desea hablar con Hans Barrøy; se trata de la críptica sentencia de la tumba de su madre, que tiene preocupado al reverendo desde el día en que la enterraron, un verso algo ambiguo en su lápida que prácticamente dice que la vida no merece la pena ser vivida. Pero como Hans tampoco responde gran cosa a eso, el reverendo decide retomar la cuestión del plumón y pregunta si tienen sacos que vender porque necesita dos edredones nuevos para su casa y paga más de lo que les darían en el mercado o en la Factoría. Como dicen por aquí, el plumón vale su peso en oro...

Por fin han encontrado algo terrenal y claro de lo que hablar, así que se meten en la casa donde Maria ha puesto un mantel sobre la mesa del salón de las visitas y, una vez que han tomado café y tortas, y cerrado el trato, el reverendo se relaja tanto que de pronto siente que no habría mayor bendición que la de echarse una cabezadita, y entonces se le cierran los ojos y su respiración se torna más lenta y pesada. Está sentado en la mecedora de Martin con las manos en el regazo, un reverendo dormido en su casa, una imagen que les resulta tan imponente como cómica. Permanecen a su alrededor, de pie y sentados, hasta que por fin vuelve a abrir los ojos, chasquea la lengua y parece no saber dónde está. Pero enseguida los reconoce y parpadea como en señal de gratitud. Ellos no saben por qué les da las gracias y él tampoco lo explica; sin embargo lo acompañan de regreso a la barca y lo

ven recostarse sobre un montón de redes, junto a un saco de plumón y un cubo de huevos de gaviota, y volver a cerrar los ojos, de modo que se quedan con la impresión de que también duerme en el momento en que los abandona. El humo sigue siendo una columna recta en el cielo.